

na— se extiende y se hace lívida y grande, rebosando de sí una materia negra de olor detestable, y estas llagas van lentamente padeciendo la carne», y la última frase, si se lee en la desnudez transparente de las palabras —«estas llagas van lentamente padeciendo la carne»—, conmueven de un modo no distinto de como lo haría la propia sensación.

Junto al peso de tales cualidades, para la imagen del habla es preciso mencionar su versatilidad: sus cambios de registro, de tono e intenciones, de concepción del mundo, de nivel. Así, puede Gamoneda diagnosticar rotundamente la enfermedad de Alejandro, en un registro médico, como epilepsia; anotar y a renglón seguido con oscuridad enigmática: «aún cabe preguntarse por qué en los templos del Asia sacrificaba al Miedo», y por último valorar irónico su victoria en una batalla «aflicto por la diarrea». La diversidad y el poder del texto pueden, de este modo, sugerir la velocidad de asociaciones del surrealismo, aún estando tan apegado a la realidad, o bien entrar en un desgarramiento expresionista, como cuando Laguna ajusta cuentas con los barberos que practican sangrías a los niños.

La variedad de tonos del libro no se propone, sin embargo, individualizar las voces de los tres autores, hacer que cada uno hable de manera distinta: todo es común entre ellos y, al compartirlo, mantienen un continuo diálogo para enmendarse o apoyarse, para acordar metodologías, para debatir los problemas de la traducción o las virtudes de los hongos, para entrar en polémica acerca de la cirugía: así, mientras Laguna recomienda a veces las amputaciones, Gamoneda —a través del mítico Kratevas— parece recordar aquel aforismo de Cioran que ya citó en alguna ocasión: «los hombres son tan estúpidos que, en vez de morir de sus males, eligen morir de sus remedios».

Sólo con esto, la lectura del *Libro de los venenos* sería ya inolvidable. Pero exige más la valoración que Gamoneda hacía sobre el *Dioscórides* de Laguna, en un artículo publicado cuando él apenas iniciaba su trabajo: «El peso final del *Dioscórides* en la memoria es el de un prodigioso discurso épico sobre el sufrimiento corporal y la esperanza, mientras que, en la instantaneidad, las palabras vulneran nuestros convenios con el

lenguaje y, exactas o paradójicas, entran en una función que, siendo sustancialmente poética, no encuentra acomodo en ningún género». Como puede verse, contraponía la impresión inmediata del lenguaje con un peso o poso de la lectura, productor de sentidos radicales: *un prodigioso discurso épico sobre el sufrimiento corporal y la esperanza*. Del mismo modo que en las palabras de Laguna sabe encontrar Gamoneda una escritura abierta y hacerla —como ocurre con las sustancias saludables que se ingieren— carne de su carne, entra también en sus fondos más móviles y oscuros para apropiárselos.

Los textos de Dioscórides y Laguna, más allá de constituir un simple inventario, dibujan un mundo de creencias y costumbres, de contacto con la naturaleza, de situaciones que hoy resultan ajenas como esos techos de los que, en cualquier momento, pueden caer animales ponzoñosos y, por eso, cuando se viaja, conviene —dice— hacer «la cocina en lugar descubierto». No son sólo las anécdotas: todo el libro está atravesado por los valores de ese mundo, por sus códigos perceptivos y de conocimiento. Y esto ocurre en mayor medida aún, porque en los textos de Gamoneda se manejan las referencias de las autoridades antiguas sin apenas distancia, salvo la esporádica ironía, y sin ningún gesto crítico de deliberación sobre ellas; al comercio ya dado entre Dioscórides y Laguna, se añaden Plinio, Galeno, Kratevas, la sabiduría popular leonesa o las fuentes medievales. La sintaxis y, sobre todo, la dicción enunciativa y neutra igualan y homologan todos los datos, y constituyen así un ámbito sin jerarquía ni valores, sometido al orden matérico de la lengua.

*Libro de los venenos* muestra un continuo afán de clasificar y ordenar sustancias, acciones y reacciones, pero también de modo continuo se sumerge en las reiteraciones y las pérdidas, en los saltos y vuelta atrás, comprobándose cómo la forma de asociar ideas y conducir un pensamiento que propone el racionalismo moderno no es una fórmula universal y al margen de dudas. Aquí nunca se separa lo científico de lo falso, todo sirve igual a través de una completa inmersión en su mundo-lengua, pues la lengua es el mundo.

La apertura a todas las formas de pensamiento no supone, sin embargo, un simple relativismo; ni siquiera cuando una cierta ambigüedad parece encontrarse en el mismo objeto del libro: «no hay veneno tan pestilente —escribe Laguna— que no pueda servir en algo a la sanidad»; la palabra *phármacos*, en griego, nombraba igual al veneno que a la medicina, ambos una sola sustancia capaz de moverse en el terreno de lo salúfero tanto como en el de lo pernicioso.

No se trata, verdaderamente, de ambigüedad. Lo que resulta ambiguo, lo resulta según criterios acostumbrados a oponer valores, a clasificar; pero quizá no se trate sino de la unidad indistinta de todas las cosas del mundo. Piénsese, por ejemplo, en la falta de límites entre el mundo de los animales y plantas, leído como limpio y natural, y el mundo de los vómitos y excrementos; en esa escena inolvidable en que un envenenado, feliz en la clemencia de los alucinatorios, se derrama en heces blancas y éstas se convierten en una forma de la belleza luminosa e irreal de su historia. El cuerpo que se pudre en colores y se deshace en excrementos parece correlato de la creadora *corrupción* del texto, ambos anegados en el ámbito complejísimo de los sentidos, en la química de las sustancias y de la carne.

Química y carne son los nombres de la entera realidad humana. Así, la betónica «es una yerba sutil que purga la flema», pero también «rehace los espíritus»; o se recuerda la concepción de los humores del cuerpo, al describirse: «Por apostema hay que entender sangre, hiel, flema o melancolía que se endurece entre dos telas carnales y las une; conviene aquí recordar, buscando sanidad, que el furor de la melancolía se acrecienta con las legumbres»; o este relato de Kratevas sobre las revelaciones de una autopsia posterior a un experimento con pócima venenosa: «me mostró una gran inflamación de las cámaras cerebrales, con lo cual quedé confirmado en que llegó a sentir, como verdad física, alguna semejanza con las palabras o el cuerpo de los dioses». El alma y el cuerpo, la melancolía y la divinidad, la química y la carne. Esta concepción limpiamente materialista de la vida está en la base de algunas de las más fuertes lecturas que pueden proponerse para el *Libro de*

*los venenos*, las que se refieren a la moral y a la muerte.

Es el humanista Laguna —y no Dioscórides— quien sitúa el origen del libro en la existencia del mal, en la enemistad del hombre con el hombre, «como sea ya —dice— tan ordinario el atosigar y, así, en nuestros días, se atosiguen más fácilmente los hombres que los ratones». La maldad es posible, piensa Laguna, por la carencia humana del «mismo conocimiento e instinto» que tienen los animales; por tanto, es la separación respecto a la naturaleza la que abre el espacio del mal y en el mismo gesto aquél que le da nombre, el de la moral. El trabajo de Gamoneda —sobre todo, en la voz de Kratevas, el mítico experto en venenos— se pregunta por ese límite, nómada a un lado y otro de él.

La mirada del médico evoca aquel fragmento de *El árbol de la ciencia*, de Baroja, en que el escéptico Iturrioz instrúa crudamente a su sobrino Andrés Hurtado: «La hiena que monda los huesos de un cadáver, la araña que sorbe una mosca, no hace más ni menos que el árbol bondadoso llevándose de la tierra el agua y las sales necesarias para su vida. El espectador indiferente, como yo, ve a la hiena, a la araña y al árbol, y se los explica. El hombre justiciero le pega un tiro a la hiena, aplasta con la bota a la araña y se sienta a la sombra del árbol, y cree que hace bien». La naturaleza sigue sencillamente sus procesos vitales, mientras el hombre le impone desde fuera un criterio utilitario: «yo creo que lo justo en el fondo es lo que nos conviene», concluye Iturrioz.

Es imposible que el lector de *Libro de los venenos* no se sienta golpeado por la opacidad moral de los relatos de Kratevas, quien administra los venenos con la coartada que el científico puro encuentra en la legalidad experimental; mata fríamente y contempla sin perder detalle, percibe los sentimientos como datos físicos de los seres, se deslumbra con la belleza de las sustancias y la exactitud de su química.

Hasta ahí, Gamoneda se mantiene del lado de la naturaleza, sin entrar en otras leyes; pero, en seguida, todo se va a complicar, todo va a ir enturbiándose hasta perderse en lo compacto indiscernible de la vida, lo que le hizo entender a Benjamín que todo

documento de cultura es también un documento de barbarie. Mitrídates utiliza a Kratevas como ejecutor de sus caprichos y los experimentos científicos ya no pueden pretenderse neutros, que sirven a un poder que no persigue conocimiento; el conocimiento se transforma en subproducto del crimen. Y el mismo médico acaba usando de los venenos para sus mezquindades personales; la frontera entre la observación y la crueldad se esfuma: los hechos son los mismos de siempre, pero la certeza de la venganza hace que se juzguen de otro modo, sin que cambien ni la conducta ni la actitud objetiva del médico. Como si la moral fuera siempre un discurso exterior, referido a valoraciones, y los hechos se mantuvieran opacos e indiferentes.

Ante esta persistencia sorda y muda de la realidad, según se suman los relatos, el personaje de Kratevas va multiplicando sus matices, haciéndose cada vez menos previsible: «tenía su voluntad —escribe Gamoneda— semejante en la diversidad a las fuerzas que habían dado forma a su vida», tan variable como las hierbas de su catálogo eran plurales. Tienen sitio entonces el miedo y el asco, el reconocimiento de la dignidad de algún vecino, y sobre todo la piedad por los seres; ser piadoso es quizá la única actitud posible desde el ventanal de la muerte, incluso serlo consigo mismo: «toda mi ciencia no es más que este gemido inútil; todos mis actos, sombras de pájaros en el agua». Mientras por su lado, los hechos discurren sin turbación, la mirada del observador se tiñe de materias existenciales que le impiden ya verse frío en ese espejo: el desamparo humano y el desvalimiento, la soledad, la estéril dictadura que sobre cada uno ejercen los afectos. Donde no es posible aceptar moral, queda siempre este oscuro rincón que tiembla.

En una mención directa de lo que supone tratar de venenos, escribe Gamoneda: «Discórides y Laguna van al conocimiento de las sustancias que llevan a la muerte»; y explica así su criterio de selección de los fragmentos en el supuesto —y gamonediano— código de Kratevas: «dividido en mi amor por la fábula y la ciencia, tomo aquellas historias que iluminaban el arte de procurar y recibir la muerte», lo que en *Lápidas* se llamaba la *administración de la muerte*. Quizá por enci-

ma de los demás cambios, el sello que distingue este *Libro de los venenos* de sus estadios históricos anteriores es la forma en que se hace explícito el núcleo negro que en ellos nunca se reconocía: venenos y remedios tejen su batalla permanente en torno a la mortalidad. Y así se comprende por qué este *libro* anuda de un modo tal tantos hilos decisivos de la obra de Gamoneda, que no es sino —como él mismo ha dicho— una sostenida *poética de la muerte*. Lejos de las cargas de sentido personal que en los poemas siempre buscan infiltrarse, este estudio de los venenos y sus personajes mediadores le permite abordar sus obsesiones permanentes de una manera distante y objetiva y encontrar para ellas una luz íntima de singular intensidad.

Es un distanciamiento, además, eficaz doblemente, pues no recurre a la abstracción o a los casos genéricos: no pesan aquí tanto venenos como envenenados, y la multitud de muertes se le va haciendo tan real al lector que cuaja en un creciente asombro de horror y conocimiento. Está aquí *realmente* la piedad, cuando se concede un final suave a quienes se ama o respeta; está la reivindicación desgarrada de la libertad en el acto extremo del suicidio, a la manera que lo explicó el humanista Guicciardini; está la muerte como instancia última de la dignidad, con tonos que recuerdan al relato fundador de la *Apología* platónica, cuando Sócrates habla tumbado a los amigos que lo rodean mientras el frío de la cicuta asciende desde sus pies.

De todo ello, si es posible decantar un espacio de interés reiterado en este *Libro de los venenos*, sería el espacio de cruce, de proximidades y contactos, entre los venenos y las drogas alucinógenas, entre la visión erótica y la poética y la que otorga la muerte, el crecimiento conjunto con ésta de la belleza. Y el afán de explicar la experiencia del límite que en ese espacio se produce. El anterior libro de Gamoneda, los poemas de *Libro del frío* conducían precisamente a este umbral y acababan con estos versos: «Amé las desapariciones y ahora el último rostro ha salido de mí. / He atravesado las cortinas blancas: / ya sólo hay luz dentro de mis ojos». Es difícil llegar más allá cuando se habla desde el *yo*; ahora la voz de las víctimas de Kratevas abre esas *cortinas* y propone el relato vivísimo de su luz.